

Estudio Bíblico Dominical
Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
4º del Tiempo de Adviento – 18 de Diciembre de 2005

María de Nazaret:
La puerta de la Navidad
San Lucas 1, 26-38

*“Aquel que existe antes que tú,
hoy está contigo
y dentro de poco nacerá de ti”*
(San Andrés de Creta)



“Concebirás y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús”

*“Oh, más alta que los querubines
y más gloriosa que los serafines,
Tú que llevas la palabra eterna,
Tú que escuchas y observas la palabra eterna,
Glorifica al Señor, ¡Aleluya!”*

INTRODUCCIÓN

“A mil años de distancia de la promesa, un rey y una joven virgen están juntos en su casa. La Palabra de Dios entra en su casa... ellos solos con ella”. Estas palabras recogen bastante bien el itinerario interno que recorren las lecturas de este Domingo.

El pasado 8 de diciembre el Papa Benedicto XVI llamó a María “la Puerta de la Navidad”, expresando así el lugar que ella ocupa dentro del misterio que estamos a punto de celebrar. En el relato de la anunciación, María le abre la puerta al Señor con su “Fiat” y la entrega de su vida entera le permite al Hijo de Dios hacerse humanidad y llegar a toda la humanidad.

La vocación de María para ser la madre del Mesías es única, pero permanece como modelo para cada uno de nosotros que estamos llamados a “encarnar el Verbo” en esta Navidad que se aproxima.

1. El texto

El relato de Lucas 1,26-38 comienza ubicándonos en el tiempo (seis meses después de la concepción de Juan) y en el espacio (Nazareth, ciudad de Galilea).

Luego nos presenta el personaje central, María, y nos da algunas informaciones sobre ella (su desposorio con José, de la descendencia de David, y su virginidad).

En correlación con la profecía de Natán (ver en el primer anexo las pistas para la primera lectura) comprendemos la importancia de la frase: “*desposada con un hombre llamado José, de la casa de David*”. El profeta Natán dice: “El Señor Dios le dará el trono de David su padre”. De esta forma, el relato de Lucas está enraizado en la larga historia de salvación que espera la venida del Mesías, el hijo de David.

Con todos estos datos iniciales, el relato se concentra en la narración del llamado que Dios, por medio del Ángel Gabriel, le hace a María para cooperar en el plan de Dios engendrando al Mesías esperado, quien es descendiente de David, pero sobre todo “Hijo de Dios”.

Leamos el relato:

“²⁶Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, ²⁷a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la Virgen era María.

²⁸*Y entrando, le dijo:*

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.»

²⁹*Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.* ³⁰*El ángel le dijo:*

«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios;

³¹*vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.*

³²*El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre;*

³³*reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.»*

³⁴*María respondió al ángel:*

«¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?»

³⁵*El ángel le respondió:*

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti

y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra;

por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.

³⁶*Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril,*

³⁷*porque ninguna cosa es imposible para Dios.»*

³⁸*Dijo María:*

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Y el ángel dejándola se fue”.

2. Profundicemos

El anuncio del Ángel progresa en tres momentos: (1) el saludo, (2) el anuncio del hijo de David, y (3) el anuncio del Hijo de Dios. Todo el mensaje se apoya en un único signo: la fecundidad (biológicamente imposible) de la anciana Isabel.

En cuanto leemos el relato no perdamos de vista las tres reacciones de María: (1) una emoción, una reacción de “temor” (ante el saludo y no ante el anuncio), (2) una pregunta, y (3) un acto de obediencia generosa.

2.1. El saludo: la experiencia de fondo sobre la cual se apoya el llamado que el Señor le hace a María (1,28-29)

Lo primero que destaca el relato es que la vocación de María se apoya en la acción de Dios.

En cada una de las tres palabras del saludo del Ángel — “*Alégrate*”, “*llena de gracia*”, “*el Señor está contigo*”— hallamos un contenido profundo en el que se delinea lo que Dios hace en ella (ver 1,28):

(1) La alegría: “*¡Alégrate!*”

El Ángel le anticipa a María que el anuncio será para ella motivo de inmensa alegría, que la palabra del Señor va a tocar lo más íntimo de su ser y que su reacción al final no podrá ser otra que la exultación. Es de notar que la alegría de María no es inmediata sino que comienza, a partir de ahora, un camino interior que culmina en el canto feliz del “Magnificat”: “mi espíritu se alegra en Dios mi salvador” (1,47). Se podría decir que la alegría caracteriza una auténtica vocación.

(2) La plenitud de la gracia divina: “*¡Llena eres de gracia!*”

Este es el motivo de la alegría, Dios le hace conocer la inmensidad de su amor predilecto por ella, cómo ha puesto sus ojos en ella, colmándola de su favor y de su complacencia. Su amor es definitivo e irrevocable. Esta afirmación es tan importante que el Ángel se la va a repetir en 1,30. La confianza que se necesita para poder responderle al Señor cuando nos llama viene de la certeza de su amor.

(3) La ayuda fiel de Dios: “*¡El Señor está contigo!*”.

Porque Dios ama entrañablemente a María se pone a su lado y se compromete a ayudarla de manera concreta en su misión. Dios le hizo esta promesa también a los grandes vocacionados de la Biblia (Jacob, Moisés, Josué, Gedeón, David, Jeremías...).

Lo que se anuncia en Lucas 1,28 se realiza en 1,35, donde se dice cómo es que Dios ayuda a María: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*”.

Con su potencia vivificante, creadora, Dios hace capaz a María de colocarse al servicio de la existencia de Jesús. La acción del Espíritu nos remite a Génesis 1,1. Por lo tanto María es el lugar donde se cumple la acción poderosa del Dios creador, y Jesús es el nuevo comienzo, en quien se ofrecerá esta vida plena que viene de Dios y se realiza en Dios.

Con esta promesa María es interpelada: “*no será imposible ninguna palabra que proviene de Dios*” (1,37, que traducimos literalmente) y un signo de ello es lo que ha hecho en Isabel, la mujer que no podía dar vida. Todo el anuncio del Ángel se apoya en este signo de fecundidad de la mujer anciana. Lo mismo hará Dios con una virgen.

2.2. La misión concreta de María con la persona del Mesías: la concepción y nacimiento del hijo de David (1,30-33)

María es llamada para colocarse completamente al servicio de Jesús dándole existencia humana a partir de su capacidad natural de mujer: “*Vas a concebir y dar a luz un hijo*” (1,31).

Pero su misión no se limita sólo a esto, Dios le pide también que le dé un “**nombre**” al niño, “**y le pondrás por nombre Jesús**”. En esta frase Dios le está solicitando que se ocupe de su desarrollo plenamente humano del Hijo de Dios, que lo eduque.

Así, el servicio de María implica entrega total en el don de todo su ser, de todo su tiempo, de su feminidad, de sus intereses, de todas sus capacidades, de su proyecto de vida al servicio de Dios.

2.3. La acción creadora del Espíritu Santo en el vientre de María: se engendra al Hijo de Dios (Lc 1,34-35)

Cuando María le pregunta al Ángel: “*¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*” (1,34), el Ángel le responde con el anuncio de la acción del Espíritu Santo que fecunda su vientre virginal (1,35). Retomemos las palabras del Ángel:

(1) “*El Espíritu Santo sobrevendrá sobre ti...*”

El profeta Isaías había anunciado que el Espíritu Santo debía “*reposar*” de manera especial sobre el Mesías (cfr. Is 11,1-6; 61,1-3; ver el texto del pasado 2 de diciembre). La frase nos recuerda la acción creadora de Dios en Gn 1,1-2: el Espíritu de Dios genera vida.

(2) “*El poder del Altísimo te pondrá bajo su sombra*”

Tenemos en esta frase tan importante el mensaje de la novedad de la virginidad fecunda.

La acción eficaz de Dios pone a María “*bajo su sombra*”. Esta frase nos remite a Éxodo 40,35, donde aparece la imagen bíblica de la “*shekiná*”, que es la gloria de Dios que desciende para habitar en medio de su pueblo en la “*Tienda del Encuentro*” o “*Tienda de las citas divinas*”. Se trata de una imagen muy dicente: la nube que “*cubre*” la Tienda del Encuentro significaba la presencia de Dios en medio de su pueblo. Pues bien, ahora el seno de María “*cubierto por la sombra*” es el lugar de la presencia divina.

Retomando lo esencial de estas dos expresiones puestas juntas, “*el Espíritu vendrá sobre tí*” y “*el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*”, podemos decir que la acción del Espíritu en María es la expresión concreta:

- (a) del auxilio de Dios en la misión que debe cumplir: ser madre del Salvador,
- (b) del poder de Dios creador,
- (c) del tipo de relación que Dios quiere establecer con ella y con la humanidad: una cercanía casi total, un abrazo amoroso que le da plenitud a su existencia al sumergirla en su propia gloria.

(3) “*Por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*”

En la Biblia, la santidad es el atributo esencial de Dios. En la visión de Isaías, lo serafines cantaban: “*Santo, Santo, Santo, el Señor, Dios del universo*” (Isaías 6,3). La santidad hará

de Jesús un “Hijo de Dios” diferente de los reyes de Israel quienes se consideraban “hijos adoptivos de Dios” cuando ascendían al trono.

El niño que va a nacer tendrá un punto en común con los reyes de Israel: será rey. Pero también una gran diferencia: “reinará para siempre sobre la casa de Jacob”. Curiosamente su reinado se ejercerá en la pobreza, en la humildad y en la misericordia. Jesús estará revestido de la santidad del Padre.

2.4. El signo: la anciana que engendra en la vejez (1,36-37)

El Àngel le da a María este signo: “*Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios*”.

En este punto se cruzan las dos escenas de anunciación, la que recibió Zacarías y la que recibió María: se anuncian nacimientos en circunstancias prácticamente imposibles. Una pareja estéril y una pareja que no ha tenido relaciones conyugales no pueden dar vida. Por tanto: “Ninguna cosa es imposible para Dios”, dice el Àngel, citando las palabras de Dios a Abraham en Mambré, cuando Sara se rió ante el increíble anuncio del nacimiento de Isaac (ver Génesis 18,14).

El anciano Zacarías dudó y pidió un signo. Dios le concedió uno, quizás no el que esperaba: se quedó mudo. El Àngel lo reprendió ante su falta de fe. María, por el contrario no tiene dudas, ella no pide un signo, simplemente una aclaración. Con todo, sin que se haya pedido, María es remitida al signo del vientre fecundo de la estéril.

2.5. María acepta la anunciación (1,38)

Todo lo que el Espíritu hace en María está en función de Jesús: el Mesías entra en la historia humana por medio de la acción del Espíritu creador de Dios en María. De esta manera el relato de la vocación de María ilumina nuestra comprensión del misterio del Hijo que toma carne en la naturaleza humana.

Todo se hace posible gracias al “sí” de María: “*Hágase en mí según tu Palabra*” (1,28). Entonces María entra en el proyecto de Dios. Con sus mismas palabras se da el título más bello del Evangelio: “*servidora*”. Jesús en la última cena se hará llamar de la misma manera: “*Yo estoy entre vosotros como el que sirve*” (22,27).

Al ponerse al servicio de Dios, con entrega total como la de una esclava, María se convierte en modelo de los discípulos y en modelo de toda la Iglesia. Acogerá al Señor en su seno, pero no se lo guardará para ella: primero lo llevará hasta la casa de Zacarías e Isabel, luego lo presentará a los pastores el día del nacimiento y finalmente se lo ofrendará a Dios y a la humanidad tanto en el Templo como en la Cruz.

En fin...

Hoy contemplamos en oración, guiados por la Palabra del Evangelio, el misterio de esta vocación que cambió la historia del mundo. La Palabra suscita en nosotros una gran acción de gracias y al mismo tiempo la conciencia profunda de que cada uno de nosotros tiene un llamado para participar activamente en la obra de la salvación.

3. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

*“¡Yo te saludo, oh llena de gracia, el Señor está contigo!’
Aquel que existe antes que tú, hoy está contigo y dentro de poco nacerá de ti: de un modo en la eternidad y de otro modo en el tiempo.
El Ángel no se contentaba con revelar simplemente la alegre noticia sin anunciar que el mismo autor de la alegría vendría a nacer de la Virgen.
Aquel, ‘el Señor está contigo’, muestra claramente la presencia del propio Rey...*

*‘¡Yo te saludo, oh llena de gracia, el Señor está contigo!’
Yo te saludo, oh Templo magnífico de la gloria divina.
Yo te saludo, tálamo en el que Cristo desposó la naturaleza humana.
Yo te saludo, santa tierra virginal en la cual, con inefable arte divina, fue plasmado el nuevo Adán, para recuperar el antiguo Adán.
Yo te saludo, oh sagrado y perfecto fermento de Dios, con el cual toda la masa del género humano fue horneada y recogida después, bajo la forma de panes, en una nueva unidad en el único cuerpo de Cristo”.*

(San Andrés de Creta, Discurso 5)

4. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

- 4.1. ¿Cómo se correlaciona la profecía de Natán con el relato de la Anunciación?
- 4.2. ¿Qué pasos da el Ángel en la Anunciación? ¿Cómo reacciona María?
- 4.3. ¿Cómo interviene Dios en la vida de María para capacitarla para su misión? ¿Cómo lo hace en la mía?
- 4.4. ¿Por qué María es la “Puerta de la Navidad”?
- 4.5. ¿Qué actitud me enseña María para estos últimos días de preparación de la Navidad?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM



*“Virgen Santa María,
llena nuestros corazones del Espíritu divino que colma el tuyo;
que de tu plenitud recibamos nosotros,
que nuestro espíritu sea destruido
y que el Espíritu de tu Hijo se establezca
plenamente en nosotros
para que no vivamos, hablemos y actuemos
sino por el Espíritu de Jesús. Amén”*

(San Juan Eudes)

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas

El profeta Natán le anuncia al Rey David que tendrá una dinastía: “tu trono será estable para siempre”. Con el nacimiento de Jesús, esta profecía se cumple. El Ángel le dice a María: “El Señor Dios le dará el trono de David, su padre”. Pero mucho más que los reyes de Israel, considerados como los “hijos adoptivos de Dios”, como dice el salmista, Jesús es verdaderamente El Hijo. Él está revestido de la santidad de Dios. Escribe Pablo: este misterio que hizo que “se mantuviera en secreto desde la eternidad, lo ha revelado ahora por las Escrituras”.

Primera lectura : Samuel 7, 1-5.8b-12.14a.16

El rey David, quien acaba de confederar las tribus del norte y del sur en un solo reino, decide instalar su sede en Jerusalén, allí donde había vencido a los jebuseos. Jerusalén está situada en medio de los dos bloques de tribus.

David ha construido « su casa », o sea, su palacio real. Ahora quiere que la capital también esté dotada de un Templo, para que Dios tenga allí « su casa ».

En un primer momento, el profeta Natán aprueba el proyecto : « Lleva a cabo lo que tienes pensado ». David está haciendo lo mismo que todos los reyes de la región : instalan en su capital un templo para el dios nacional. Pero resulta que el pueblo de Israel es un pueblo diferente, ¿deberá comportarse como las demás naciones ? ¿No tendrá que jugar un papel importante en calidad de pueblo santo que es dirigido por el Señor ?

El rey de Israel no es el lugarteniente de Dios. Por eso el Señor invita a Natán a recordarle esta verdad a David. Dios no espera que se le construya una casa. ¿Qué casa será lo suficientemente grande para contenerlo ? La cuestión será al revés : será Dios quien le construya una casa (entiéndase « una dinastía ») a David. La estabilidad de esta dinastía reposará sobre el amor que proviene de Dios. Al ascender al trono, cada nuevo rey llegará a ser un « hijo de Dios ». Dios será para él « un padre ».

Pero esta promesa exige que el rey se haga digno de esta filiación. La mayor parte de los reyes, infelizmente, serán indignos de este honor. Como lo insiste el segundo libro de los Reyes : « ellos abandonaron al Señor y no siguieron el camino del Señor ».

Después de la caída de Jerusalén y de la desaparición del último rey, el pueblo de Israel continuará releendo la profecía de Natán y esperará a un rey que no será como sus predecesores. Un rey justo y bueno, enviado por Dios : un rey-mesías.

Los cristianos reconocemos en Jesús a este nuevo tipo de rey. En Belén, lugar del nacimiento de David, un hijo de David ha venido. La profecía de Natán se cumplió. Para

este nuevo tipo de rey, Dios es verdaderamente el Padre y Jesús es verdaderamente el Hijo . El Ángel le dice a María : « El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios ».

Salmo responsorial: Salmo 88

Este Salmo nos recuerda el oráculo de Natán. Dios concluye una Alianza con David, que en realidad es un compromiso unilateral, incondicional e irrevocable. Dios hace lo que dice, es fiel a su palabra, pero la realización de su promesa puede tomar formas sorprendentes. El rey que será sucesor de David, nacerá en su misma ciudad, Belén, vendrá al mundo en la máxima pobreza: lo recostarán en un pesebre. Este niño, cuando cumpla los doce años, en su estadía en el Templo, hasta su muerte en la cruz, llamará a Dios: ¡Papá!

Segunda lectura : Romanos 16, 25-27

Después de un texto en futuro (primera lectura) y antes de un evangelio en pasado narrativo, tenemos una meditación en presente : « ahora », « hoy ».

Pablo nos lleva a maravillarnos frente al desarrollo lineal del tiempo : tiempo de silencio, tiempo de los escritos proféticos, tiempo de Jesús, tiempo de la fe. Esta línea es como una flecha : parte del judaísmo y se dirige hacia todas las naciones.

Pablo termina así la carta a los Romanos, dándole gloria a Dios (en griego es una sola frase) : (1) A Dios la sabiduría, (2) a Jesús la revelación, (3) a los cristianos la fuerza (Dios nos hace fuertes) y la obediencia (la fe es un acto de obediencia a la revelación de Dios en Jesús).

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para quienes animan la celebración dominical

I

Faltando una semana para la Navidad, este 4to domingo del Adviento está dominado totalmente por la perspectiva inminente del nacimiento histórico del Verbo de Dios hecho carne. Por eso la Palabra de Dios nos lleva a considerar las circunstancias que precedieron de cerca este acontecimiento que marcó « la plenitud de los tiempos » : la Anunciación. Después de la solemnidad de la Inmaculada, este domingo es el otro polo « mariano » del « mes de María » por excelencia que es el Adviento. El Papa Benedicto XVI el ocho de diciembre pasado llamó a María : « Puerta de la Navidad ».

II

En los templos donde es tradicionar construir el pesebre, la preparación de escenario y, más aún, la colocación de algunas figuras a lo mejor ya fue hecha en los días anteriores, dejando para la solemnidad de la Navidad la colocación del Niño Dios. Este domingo podría representarse la escena de la Anunciación (Evangelio) en ese escenario. O a falta de figuras para ello (el Ángel y María), se podría edificar una casa o una gruta (perspectiva de la primera lectura) que permanecerán vacías para subrayar la expectativa que precede los grandes acontecimientos. También podría valorarse la exposición de alguna imagen de la Virgen de la espera (« Nuestra Señora de la Ó »), modelo de la Iglesia orante que en los últimos días del Adviento se dirige a Cristo con el « Oh » de su llamado urgente (Ven, Señor Jesús), lleno de deseo y de fascinación (ver las antífonas « Oh » que anteceden el Magnificat a la hora de las Vísperas y el verso de aclamación del Evangelio en la Misa).

III

Para los lectores.

Primera lectura. El texto se puede dividir en dos partes : (1) una introducción (diálogo entre David y Natán) : tres voces (narrador, David y Natán) ; (2) el cuerpo del texto (desde « Pero aquella noche... »). La segunda parte también se subdivide.

Pronuncie bien todas las sílabas : rodeaban, construya, rebaños, descendencia, etc.

El versículo 13 no hace parte de la lectura litúrgica y, por eso, debe omitirse.

Segunda lectura. No es fácil lograr una buena traducción de este pasaje. Cuando el leccionario es bien logrado, el lector encontrará la lógica de las frases. En la preparación de la lectura, comience a leer por el final : « al Dios... ». Repita muchas veces esta parte final, descubra el tono de voz adecuado y aplíquelo a toda la lectura. El tono es de suspenso (o sea, sin dejar caer el tono de la voz). Antes de proclamar el textgo en el Templo, léalo a otros en su casa, para probar si lo ha comprendido.

(V. P. – F. O.)